

7-11  
años

serie  
**El gallo pelón**

COLECCIÓN  
**Caminos del SUR**

Graciela Barreto

# 19 de Abril

Ilustrado por Osvaldo Barreto







**19 de Abril**

© Graciela Barreto  
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (58-0212) 7688300 - 7688399

**Correos electrónicos**

comunicacionesperroyrana@gmail.com  
atencionalescritorfepr@gmail.com

**Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro  
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

**Diseño de colección:** Mónica Piscitelli

**Ilustraciones:** © Osvaldo Barreto

**Edición:** Alejandro Moreno

**Diagramación:** Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal DC2018000739  
ISBN 978-980-14-3247-0

# Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

*El gallo pelón* es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

*Los siete mares* es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



Graciela Barreto

# 19 de Abril



Ilustrado por Osvaldo Barreto







Hace muchos años, allá por 1810, yo cuidaba el jardín y las gallinas en una de esas grandes casas de tejas y gran patio con flores, de las que ustedes conocen como coloniales. Por ese entonces los españoles mandaban aquí y teníamos un gobernador nombrado por el rey de España.



¿Cómo era que se llamaba aquel gobernador o capitán, cómo se le decía? Ah... ah... ah..., Sí, sí... don Vicente Emparan.

Todas las mañanas, cuando yo iba al mercado de San Jacinto, lo veía pasar con su bastón de mando, sus medallas y sus guardias.

El 19 de Abril de ese año cayó Jueves Santo y todos habíamos amontonado nuestros pecados para confesarlos muy temprano.





Yo salí de mi casa con mi velo y mi rosario y repitiendo mis pecados para que no se me fueran a olvidar. Cuando pasé por la plaza, frente al Cabildo —como decir hoy la Alcaldía—, vi un rebullicio, la gente iba y venía, preguntaba, hablaba con todo el mundo y hasta unos señores muy importantes se veían por allí con poca cara de ir a misa. También había muchos guardias.

En eso me encontré con mi comadre Bernardina, quien siempre sabe lo que pasa en todas partes, y me dijo:



—¡Apúrese, comadrita, esto está que se lo lleva el diablo!

—¡Ave María Purísima! ¿Y qué pasa, comadrita?

—Hay un alzamiento, comadre. Dicen que un tío del joven Bolívar, de nombre José Félix, y hasta un marqués están alzados contra el gobernador del rey...

En ese momento, mi comadre y yo vimos cómo el capitán general pasaba muy apurado con su escolta para el Ayuntamiento. Me santigüé y seguí mi caminata hacia la iglesia.



Dentro del Ayuntamiento —me contó mi comadre después— se formó una sampablera porque los diputados querían hacer una reunión para pedir la libertad de Venezuela y el gobernador no quiso oírlos. Les dijo que era Jueves Santo y ese día era de guardar, que ya la misa iba a empezar y que se fueran todos con él para la iglesia. Pero nadie quiso seguirlo y se fue solo con sus guardias por la plaza que estaba llena de gente.

Aquello era un solo corre-corre, gritos, gallinas escapadas del mercado, burros cargados que venían de Galipán y gente que iba para la misa.

Cuando el gobernador casi estaba llegando a la iglesia, un joven, con su traje de hidalgo, llamado Francisco Salias, lo tomó por el brazo y con voz firme le dijo que tenía que regresar porque los diputados pedían su renuncia.





El gobernador no quiso hacer caso y pidió a los guardias que le quitaran a esa gente de allí. Pero el oficial no le obedeció. Todo el mundo se le había alzado. ¡Válgame Dios! Y el pobre gobernador no sabía qué hacer.

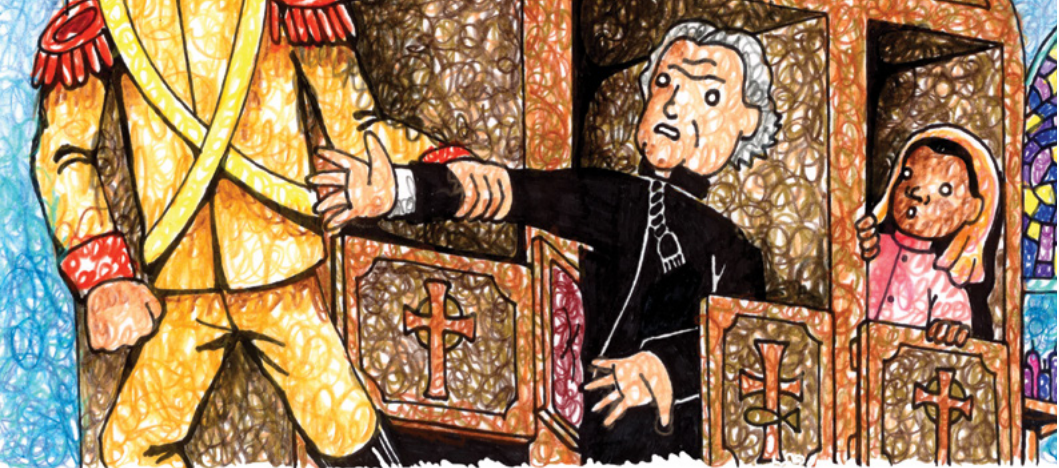
Las cosas se le estaban poniendo negras. O corría o se encaramaba. Y no le quedó más remedio que encaramarse.

—Los únicos que pueden pedirme la renuncia son el rey y el pueblo —dijo.

—El rey no está aquí, pero el pueblo sí —le respondió alguien.

Y a todas estas, ya estaba de regreso al Cabildo, donde por fin se hizo la reunión.

Un oficial salió de prisa a buscar al padre José Cortés de Madariaga, quien estaba en la iglesia, ejerciendo sus oficios.



Yo me estaba confesando y le decía:

—Acúseme, padre, que yo saqué las gallinas a escobazos de la cocina. ¡Ay, padre! Tengo muy mal carácter...

En ese momento llegó el oficial y dijo jadeando:

—¡Padre, el Ayuntamiento lo necesita! ¡Que vaya corriendo! Las cosas no están muy buenas y se requiere su presencia. El padre salió como si hubiera visto al mismo diablo y detrás de él todos los que estábamos en la iglesia.

Yo iba gritando:

—¡Padre, padre! ¡No me deje con todos estos pecados!

Pero lo único que alcanzó a decirme antes de perderse en la multitud fue:

—Ya va, hija, que la libertad no puede esperar.





—¿La libertad? ¿Qué cosa es eso? —pregunté en voz alta—. ¿Será una botija lo que apura a toda esa gente, o será sopa caliente?

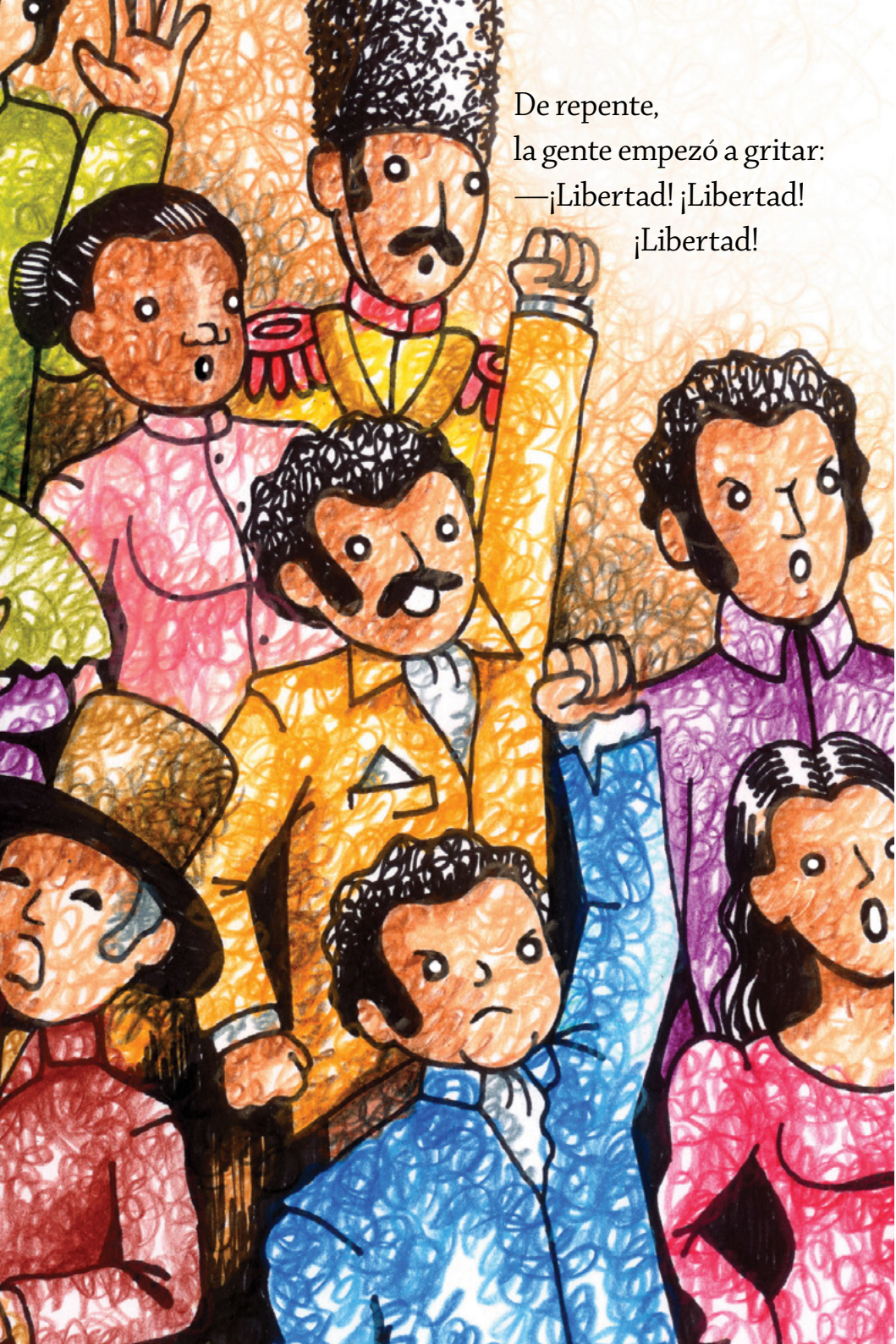
En eso, un bachiller muy bien vestido que estaba oyéndome, dijo:

—La libertad no tiene forma. Está en el aire, en el mar y en la tierra. De ella gozan los pájaros, los peces y nosotros también si nos lo proponemos.

Entre tanto, el gentío me había llevado hasta cerca del Cabildo. Me acuerdo de que estaba situado en una de las esquinas de la Plaza Mayor, la que hoy conocemos como Plaza Bolívar, exactamente en la esquina donde ahora está la Casa Amarilla.

Yo no entendía nada de aquello hasta que vi al mismísimo gobernador asomarse por el balcón y detrás de él vi al padre Madariaga y a muchos señores a quienes jamás en mi vida había visto.

De repente,  
la gente empezó a gritar:  
—¡Libertad! ¡Libertad!  
¡Libertad!





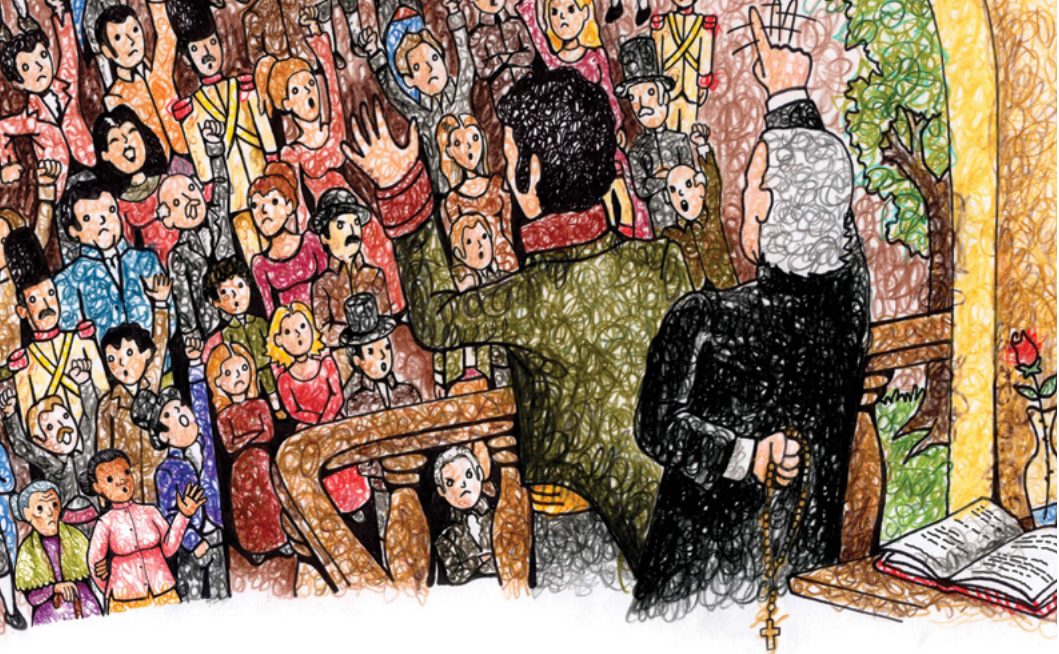


Desde el balcón, un oficial mandó a que todo el mundo se callara.

El gobernador iba a hablar.

Por las caras de la gente, las cosas parecían estar bien feas.

Yo tenía miedo y pensé en regresar a casa, pero me encontré con mi comadre Bernardina, quien me agarró por el brazo y me dijo:



—No se vaya, comadre, que esto se pone bueno, yo que se lo digo...

En eso, el gobernador comenzó a hablar y todo el mundo se calló. No dijo casi nada. Apenas preguntó:

—¡Pueblo de Caracas! ¿Estáis contento conmigo y queréis que siga mandando?

Lo dijo con una sonrisita, como seguro de que le iban a decir:

—¡Síiiiiii!

Pero el padre Madariaga, que estaba detrás de él, nos hizo una seña con la mano y se oyó entonces un solo grito:

—¡Noooooooooooooooooooooooooooo!



Una voz fuerte retumbó entre la multitud  
exclamando:

—¡No lo queremos!

A lo cual toda la gente hizo coro:

—¡No lo queremos! ¡Que se vaya!



Después me dijo mi comadre que aquella voz era la de un médico del estado Yaracuy, llamado José Rafael Villarreal, a quien ella conocía. Ella lo vio hablando con el padre Madariaga. Iban juntos hacia el Cabildo y de pronto él se mezcló entre la multitud y fue el primero en exclamar:

—¡No lo queremos!

Sorprendido por aquella respuesta, el gobernador dio un paso atrás y, dirigiéndose a la multitud, dijo con voz resignada:

—Bueno, pues si no queréis que gobierne, ¡yo tampoco quiero mando! —y se retiró del balcón.

Todo el mundo empezó a gritar:

—¡Viva la libertad! ¡Viva!

Aquello era un griterío espantoso. La gente brincaba y se abrazaba.

Pero yo en lo único que pensaba era en mi confesión.

—Que no me agarre el Viernes Santo con todos los pecados encima. ¡Dios me ampare! —le comenté a mi comadre.





Ella, que parecía estar cavilando algo, me respondió:

—¡No digas eso, mujer! ¡Ya es un primer paso que no nos gobierne alguien puesto por el rey! ¡Ni se te ocurra rogar a Dios que nos lo vuelvan a poner!

Como mi comadre Bernardina tenía el don de la sabiduría popular, le pregunté:

—¿Cómo es eso de un primer paso?

—¿No ves que esta es una libertad chucuta?

Mientras tú piensas en confesiones, el cura y los señores encopetados nos mandan a hacer coro pidiendo una libertad para ellos, los de arriba.



Yo seguía boquiabierta escuchándola,  
mientras ella proseguía:

—Olvídate de confesiones y piensa cómo vamos  
a seguir la pelea. Ahora lo que viene es candela. No  
solo tenemos que hacer la guerra para librarnos del  
dominio español, sino que nosotros, los de abajo,  
debemos hacer nuestra propia guerra y pensar con  
cabeza propia, sin esperar que nos hagan señas,  
para librarnos del yugo de todos los poderosos.

Y Bernardina se perdió en la multitud...





Edición digital  
Mayo de 2018  
Caracas, Venezuela





## 19 de Abril

Un bululú, una chismosa y una curiosa. Así comienza este cuento que nos lleva a un paseo el propio día de la Declaración de la Independencia. De la mano de una mujer un poco curiosa recorreremos lo que acontezca aquel día, tan importante para la República. En el alboroto que se forma aquel día se cuela todo tipo de información acerca de lo que supuestamente acontece muy cerca de la Plaza Mayor.

Esta historia mil veces contada es relatada una vez más desde la calle, y la bulla de ese día, los empujones y los gritos son los protagonistas. Nuestra narradora se confunde con los soldados y con los patriotas en la vorágine de aquel día en donde Venezuela comenzó su camino hacia la libertad.

**Graciela Barreto**

**(San Cristóbal de Torondoy, estado Mérida, 1930 - Caracas, 1988)**

Maestra desde los diecisiete años en la población de La Puerta, estado Trujillo. Muchos niños de los páramos aprendieron de ella las primeras letras y la fantasía de sus narraciones forjada en su pueblo natal. Trabajó junto a Ángela Millán, pionera de la educación preescolar en el país y de quien aprendió la magia del cuento infantil para mantener viva la atención de los pequeños. En 1975 fija residencia en la mirandina población de Capaya, donde es nombrada directora de la Casa de la Cultura. Sus huellas permanecen vivas en las risas y cantos de los niños del Jardín de Infancia que en Capaya lleva su nombre.

**Oswaldo "Omau" Barreto Pérez (Baruta, estado Miranda, 1972)**

Ilustrador y realizador de cómics. Graduado en Diseño Gráfico en el Centro de Diseño Taller 5, Bogotá, Colombia, en 1994. Nació en paralelo al *rock* sinfónico y es sobreviviente de la frivolidad de los años ochenta. Influenciado por las estéticas y pensamientos posmodernos de finales de siglo, ha asumido el cómic como arma ante la desidia humana. Paralelamente a la docencia en institutos universitarios ha desarrollado su creatividad artística y en su taller tachirenses ha dado vida a los personajes de sus cómics, plenos de vida interior y de anticonformismo.

